

RAUL A. AVILA

EL CORDOBAZO: LA VIOLENCIA Y SUS PROTAGONISTAS

(Análisis de dos interpretaciones sociológicas)

El cordobazo fue un estallido social, una protesta o subversión de importantes repercusiones sociales y políticas que se produjo en Córdoba, Argentina, los días 29 y 30 de mayo de 1969. Dos sociólogos cordobeses, Juan Carlos Agulla y Francisco José Delich, han analizado los hechos en sendas publicaciones. Agulla en «*Diagnóstico Social de una Crisis*»¹ y Delich en «*Crisis y Protesta Social*»². Aquí contrastaremos ambas interpretaciones, recogeremos sus aportes sociológicos y sobre la realidad social y haremos su comentario o crítica según nuestro punto de vista.

I. LA VIOLENCIA

Los sindicalistas cordobeses, como culminación de una escalada de luchas, habían previsto un paro activo, una huelga con salida de los obreros de las fábricas a las 10:00 hs. de la mañana para realizar un acto público frente al local de la C.G.T. Regional. Pero los trabajadores abandonaron las fábricas, se lanzaron a las calles y acompañados, activamente, por los

1. Juan C. Agulla, «*Diagnóstico Social de una Crisis*», Córdoba, mayo de 1969, Editer, Córdoba, 1969, 88 págs.

2. Francisco J. Delich, «*Crisis y Protesta Social*», Córdoba, mayo de 1969, Ediciones Signos, Buenos Aires, 1970, 118 págs.

estudiantes y la población en general, doblegaron a las fuerzas policiales, levantaron centenares de barricadas y quemaron centros estratégicos del privilegio, los monopolios y la represión.

Agulla considera que el conflicto, que no encontró un «cauce institucionalizado», se dio «entre los 'factores resistentes' de una conducción política y las 'presiones reales' de un proceso de desarrollo social, económicamente estrangulado por el estancamiento de un proceso de desarrollo industrial de la ciudad desde hace varios años» (pág. 12). Sólo al analizar a uno de los protagonistas sociales del cordobazo parece encontrarle algún sentido a la violencia. Así, cuando habla de la actitud de la población «de atacar a ciertos estratos sociales 'privilegiados'» (pág. 59), o de la quema de negocios como la «Xerox» americana.

Pero, al iniciar su «*Diagnóstico Social de una Crisis*», Agulla condena expresamente la violencia, sosteniendo: «La destrucción, la depredación, la violencia y el pillaje constituyen epifenómenos propios de los 'estados de subversión...» (pág. 9). Agregando luego: «La barbarie colectiva, la destrucción incontrolada y la muerte inocente tocan las fibras más íntimas de la sensibilidad humana y, lógicamente, el hombre después, individualmente y colectivamente, reacciona, juzga y condena. En los sucesos de Córdoba, nada de esto encuentra una justificación racional y ética en una escala humana de valores, tal como la ha vivido y practicado, desde siempre, el hombre argentino. La Historia Argentina es una prueba irrefutable. Por eso, nosotros, ahora, tampoco la justificaremos ni quizás nunca las justificaremos» (pág. 10).

De modo que Agulla condena la violencia englobando «la violencia y el pillaje» y rechaza, éticamente, acontecimientos que considera de «barbarie colectiva». En esto su trabajo se parece a una reacción ante la violencia, en este caso la del cordobazo. Pero debe tenerse en cuenta que fue escrito muy al calor de los acontecimientos, entre las llamas y el humo de las barricadas.

Agulla prefiere «canalizar» adecuadamente los procesos sociales básicos en la forma correcta y a su debido tiempo, porque cuando se 'manifiesta', desgraciadamente, no tienen otra expresión que éstas tan dolorosas para la sensibilidad humana» (págs. 10-1). Es decir, lo que conviene es un desarrollo ordenado, evitando los conflictos.

Delich, por su parte, para analizar las causas estructurales de los conflictos cordobeses, se refiere al país y su dependencia externa, de EE.UU., lo que se traduce en desarrollo distorsionado, pasando luego a la subordinación interna de la región, en este caso Córdoba, respecto de Buenos Aires. Con lo cual «una verdadera *sobreexplotación* se acumula entonces en las clases dominadas del interior del país, que explica parcialmente el carácter

policlasista que en un momento determinado asumen sus reivindicaciones» (pág. 60). O sea, la explosión de todo el pueblo.

En cuanto a las manifestaciones de violencia, Delich considera que en Argentina, en lo que va del siglo, han sido excepcionales. A su enumeración, que aclara no es exhaustiva, habría que agregarle sin embargo, por su importancia para la clase obrera argentina, largas décadas de anarquismo, en las primeras décadas de este siglo, y largos años de terrorismo y resistencia de los militantes peronistas, más recientemente.

En cuanto a la violencia del cordobazo, en «*Crisis y Protesta Social*» se expresa: «No hubo ni saqueo, ni pillaje en la ciudad como maliciosamente se difundió. Hubo destrucción, que es una cosa bien distinta, de ciertos establecimientos comerciales, de la administración pública y militares o paramilitares. Nadie robó nada aún cuando la posibilidad estuvo al alcance de la mano...» (pág. 17).

Más adelante el autor agrega: «Fue casi una norma subrayar que, la destrucción y el pillaje, habían caracterizado a las jornadas de mayo. Los muertos, sin embargo, resultaron un dato estadístico importante que completaba el cuadro de lo que el gobierno insistía en denominar 'tragedia, barbarie, pillaje... etc.'» (pág. 72).

De modo que Delich crítica, explícitamente, los comunicados oficiales sobre la violencia del mayo cordobés; en parte, esas refutaciones parecen ir dirigidas también a Agulla, ya que fueron publicadas con posterioridad al trabajo de este sociólogo. Así, en contraste con él, Delich diferencia el saqueo y el pillaje de la destrucción de determinados objetivos de los enemigos del movimiento popular. En este caso se incluyen los «establecimientos... militares o paramilitares», hay un rechazo al calificativo de barbarie y una defensa, en cierto modo, del cordobazo.

II. LOS PROTAGONISTAS SOCIALES DEL CORDOBAZO

1) *Masa obrera o clase obrera.*

Los sectores sociales más importantes que se manifestaron en las calles, que Agulla denomina la «masa obrera», «provenían —expresa—, fundamentalmente, de ciertas fábricas 'grandes' y 'modernas' ubicadas en la periferia de la ciudad, especialmente vinculadas a la industria automotriz, a la industria de motores y a las industrias metalúrgicas que, como se sabe, constituyen el origen y la base del proceso de industrialización que sufre la Ciudad de Córdoba desde algo más de una década». A esta «masa obrera»

añade «otras, por cierto, mucho más limitadas» de industrias o actividades menores, y unas últimas «masas obreras» «de nivel social variable y pertenecientes a estratos de sistemas de estratificación social distintos» que van desde Luz y Fuerza hasta Construcción y otros. Considerando que «toda esta 'masa obrera', en la Ciudad de Córdoba, en general, constituye, desde la perspectiva del desarrollo industrial de la Ciudad, 'estratos sociales maduros', es decir, estratos 'emergentes' (proletarios) y estratos 'incipientes' (trabajadores altamente especializados, capataces, técnicos, burócratas, obreros calificados, etc.) del mismo proceso de industrialización de la Ciudad y, quizás, del país» (págs. 15-6). En cambio serían residuales o marginados del sistema de estratificación que emerge del proceso de desarrollo, «una pequeña 'aristocracia tradicional' en franco descenso social...» y «una masa de 'lumpen-proletariado', peronista, que «quizás son los 'instrumentos de algunos revolucionarios desubicados de la madurez social de la Ciudad de Córdoba'» (pág. 63).

De modo que Agulla analiza a los protagonistas del cordobazo según sistemas de estratificación. El que se manifestó sería, fundamentalmente, el sector capacidad, trabajadores calificados, especializados, que en la producción utilizan la cultura racional, la técnica. Lo desplazado sería el sistema de estratificación clasista.

Pero, en realidad, un sistema capitalista, clasista, se caracteriza por la presencia de obreros calificados, la especialización y racionalización de la producción.

En cuanto a la actuación del sindicalismo, este autor continúa: «Lo primero que conviene destacarse es que los dirigentes sindicales de Córdoba son 'líderes' obreros bastante maduros... Esta 'maduración de dirigentes' se ha logrado... a través de una lenta 'profesionalización' del liderazgo sindical, y muy especialmente, entre los grandes sindicatos...» Estas conducciones sindicales «cuentan con el apoyo de sus 'bases' en tanto que son 'emergentes' e 'incipientes' de ese proceso de desarrollo» (pág. 20-1). Sólo los que responden a intereses extra-obreros y el lumpen-proletariado considerarían a esos dirigentes «'traidores' a los intereses de su 'clase social'...».

Sin embargo, a partir del cordobazo, en los grandes sindicatos han triunfado listas de base, clasistas, desalojando de las conducciones a los dirigentes «maduros», por considerarlos negociadores y no «profesionalizados» sino burocratizados. Y se generó toda una ola de huelgas, paros y conflictos de una proporción sin precedentes.

Delich, por su parte, para analizar las acciones de la clase obrera cordobesa en los hechos de mayo, trabaja con dos variables, la regional y la intraclassa.

Sobre la variable regional, plantea comparar el comportamiento de los obreros de Córdoba, con sus similares de Buenos Aires, como zona más desarrollada, o con trabajadores de zonas aún más críticas que la cordobesa, como la provincia de Tucumán. Pero, finalmente, no analiza cuál es ese comportamiento diferenciado concluyendo: «A nadie debe sorprenderle que si se mantiene la actual política de centralización económica en la franja del litoral, Córdoba podría *tucumanizarse*» (pág. 31).

Este análisis del autor parece estar en contradicción con otras partes de su propio trabajo. Nos referimos a que el cordobazo, la acción de sus protagonistas y en general los problemas de conflicto de Córdoba no se producen simplemente por pauperización. Pues interviene, junto a la crisis estructural de la industria de Córdoba, el grado de conciencia alcanzado por su movimiento obrero.

En cuanto a la segunda variable mencionada, la intraclase, Delich parte de un sentido marxista de clase social que tiene en cuenta «el sector de industria, el nivel de calificación (y el nivel de ingreso que puede muy bien inferirse de los dos anteriores)» (pág. 30).

En los obreros cordobeses distingue «el surgimiento de un grupo de obreros de altos ingresos (relativos). Mejores condiciones de trabajo, mayor nivel de calificación...», etc., en el que incluye a los obreros de IKA-Renault, Fiat y la Empresa provincial de Energía, y por otra parte, en otro nivel, «obrerros de bajos ingresos (absolutos), deficientes condiciones de trabajo y menor nivel de calificación» (pág. 32), como mineros, panaderos, etc. y un plano intermedio de industrias medianas o menores.

Hechas estas distinciones, el autor continúa: «Los obreros del primer grupo... son quienes están en condiciones de golpear más duramente en el sistema y de defender reivindicaciones más altas» (pág. 32). Agregando luego: «De este modo, es muy normal que estos obreros y sus respectivos sindicatos, estén en mejores condiciones para articular un conflicto que desbordando los límites usuales, trate de establecer nuevos parámetros» (pág. 33).

A estas líneas generales de análisis, Delich posteriormente las singulariza o restringe demasiado: «hubo una dosis de azar, de particular reunión de circunstancias que hacen de mayo un episodio único, singular» (pág. 65). Sin embargo, al cordobazo sucedió otro cordobazo, levantamientos similares en otras provincias o provincianazos del norte del país, hasta el reciente mendozazo y cuyanazo en la Provincia de Mendoza y la región de Cuyo.

En cuanto a las organizaciones gremiales de la clase obrera cordobesa y su participación en la protesta social de mayo, Delich expresa: «En Córdoba, el sindicato es menos un agente distribuidor de beneficios sociales

que una organización lista para proteger y apta para la discusión política» (pág. 33). Y, tras haber considerado que dos gremios, el Sindicato de Mecánicos y Luz y Fuerza decidieron la acción, más adelante se ocupa de otro par de gremios, el de transporte y el de Fiat, cuya actuación fue importante en el cordobazo. Pero Delich no cuestiona los aspectos burocráticos del sindicalismo cordobés, en los antiguos sindicatos de Fiat e IKA-Renault. Si bien se planteó «situar el análisis a nivel de las bases», la contrapartida crítica hubiese residido en desnudar la burocratización sindical³.

2) *Juventud universitaria o movimiento estudiantil.*

Agulla plantea que la Universidad se mueve «con una 'idea de sí misma' que está fuera del proceso de imposición y difusión de la cultura científica y tecnológica, en la medida en que ni 'capacita profesionalmente' para la nueva estratificación social ni participa en la 'creación' (investigación) de esa cultura que es la que, en definitiva, está posibilitando lentamente el cambio de las estructuras sociales» (pág. 73). En estas circunstancias los estudiantes serían vanguardia como portadores de la cultura tecnificada y gérmenes de la destrucción del sistema de estratificación social clasista.

Para Delich, por su parte, los estudiantes protestan porque la Universidad, «como institución se resiste a asumirse como un instrumento de transformación social. Peor aún, en el caso cordobés donde sus mentores circunstanciales creen —y obran— en una Universidad marginada de la sociedad... Universidad de doctores condenados a la desocupación, tampoco conforma a los sectores burgueses de orientación tecnocrática» (páginas 43-4). Se trata pues de «una isla de atraso, aun dentro de las estructuras actuales».

Ambos autores, asimismo, analizan, respectivamente, la estratificación social y la composición de clases a la que pertenecen los estudiantes. Fijados los parámetros institucionales y sociales, veamos, en cada autor, la actuación de este segundo sector protagonista del cordobazo.

«La participación de la masa estudiantil —expresa Agulla— en los acontecimientos de mayo en Córdoba fue espontánea y sincera, con las variaciones naturales que siempre hay entre los 'activos' y los 'pasivos', entre los 'activistas' y los 'tolerantes'». De estas acciones, se desgaja lo

3. Una de las pocas figuras que sobrevivió, en lo sindical, el cordobazo, ha sido la de Agustín Tosco, de Luz y Fuerza, que evitó el burocratismo y ha seguido una línea de izquierda independiente.

subversivo: «La masa estudiantil —como ocurrió también con el grueso de la masa obrera— empezó a advertir, en un momento determinado, el ‘sentido subversivo’ que los grupos minoritarios le estaban dando a la protesta social» (pág. 43).

De modo que, en conexión con lo anterior, a falta de modernización, protesta social espontánea. Pero la subversión sería ajena a los protagonistas reales del cordobazo.

Luego, sobre las agrupaciones de estudiantes, en «*Crisis y Protesta Social de una Crisis*» se continúa: «Las asociaciones... que han jugado un papel muy importante en los acontecimientos de mayo —mal o bien, de alguna o de otra manera— ‘representan’ de hecho el liderazgo organizado del estudiantado universitario, pero cuya ‘representatividad’, en los últimos años, ha sido muy precaria como consecuencia de disparidades ideológicas y de ideas poco claras sobre la Reforma Universitaria y el cambio de las estructuras sociales» (pág. 46).

Y, finalmente, sobre los dirigentes estudiantiles se afirma: «La improvisación de líderes profesionales estudiantiles —hechos sólo en la acción— permite la ‘toma’ de las asociaciones por ‘minorías’ que ocupan las posiciones directivas... Apelan entonces a la búsqueda fácil de las ideologías que se tienen a mano —como lo hicieron en Córdoba y lo siguen haciendo— para explicar y justificar el ‘cambio de estructuras’ de la Universidad y la Sociedad» (pág. 48).

Agulla critica las organizaciones estudiantiles y sus líderes por inadecuación a una sociedad que se va tecnificando y desecha las izquierdas marxistas, las cristianas revolucionarias y el clasismo por considerarlas ideologías anacrónicas.

Delich, en cambio, insiste con su análisis clasista. Respecto del movimiento estudiantil, considera que «en la medida en que el conflicto clasista se agudiza las generaciones se disuelven en su interior» (pág. 42).

Los estudiantes son hijos de la crisis social, «no pueden sino comprobar la pérdida de prestigio de las ocupaciones liberales, la proletarianización creciente de las profesiones, el hecho de que las *élites* no se recluten en su seno» (pág. 49). Y ve como naturales las tendencias marxistas y los cristianos revolucionarios.

En «*Crisis y Protesta Social*» se pasa luego a los cambios en las organizaciones estudiantiles y la aparición de los activistas en el centro de la acción. Como desaparecen del escenario las antiguas federaciones de centros, en que «el líder estudiantil era un *manipulador* del aparato». Ahora, en cambio, «esta clase de dirigente, fue desplazado por el *activista*, por el militante, menos preocupado por el aparato, por la organización que por la acción movilizadora». Al pasarse a la lucha social, «su acción entonces

se acerca más a la clandestinidad que a la acción institucional» (pág. 52).

Este análisis, que puede resultar obvio para quien haya participado de la experiencia estudiantil reciente, lleva a Delich a señalar que los estudiantes aportaron al cordobazo su anterior gimnasia de acción callejera y toma de su barrio estudiantil. Agregando que: «En 1969 ocurrió exactamente lo mismo pero a nivel de la ciudad entera» (pág. 54).

3) La «población en general» y las clases medias.

La «población en general» constituye, para Agulla, un conglomerado heterogéneo socialmente en el que incluye las clases medias. Analizando las acciones de este protagonista del cordobazo, expresa: «La protesta social de esta gente fue bastante evidente y sincera...; y no tuvo temor de enfrentarse a la Policía —en su momento— con el apoyo 'moral' —pacífico y tolerante— a los manifestantes activos. Pero cuando esa protesta sincera, por la conducción de ciertos grupos, por el devenir de los acontecimientos y los efectos psicológicos de las masas descontroladas, se transformó en una auténtica subversión intimidatoria, de una fuerza arrolladora, se retiró del escenario de los hechos» (pág. 58).

Por su parte Delich expresa que existe «un grupo social que tiene sustancial importancia tanto en los episodios como en la conciencia que la ciudad cobró de los mismos; me refiero a ese vasto sector social medio que por comodidad y necesidad de simplificar suele denominarse como *clases medias*. Estos grupos sociales no deciden la acción ni comienzan su ejecución, pero se suman, se adhieren de hecho o afectivamente a la protesta que se expande por la ciudad. En realidad ellos vuelcan la balanza a favor de la insurrección y además, lo que es aún más importante, asumen estos hechos como propios, necesarios y justos» (pág. 27).

De modo que, según Agulla, los sectores medios sólo realizaron protesta social, protesta sincera, pero se alejaron de los acontecimientos cuando éstos se transformaron en subversión. Para Delich, en cambio, si bien esas clases medias no tuvieron la iniciativa, sino que se sumaron a los hechos, serían «los que vuelcan la balanza a favor de la insurrección...» En el análisis de este sector social queda clara, una vez más, la disparidad de interpretaciones.

Agulla analiza las acciones de este sector desde el punto de vista de la estratificación social: «No conviene olvidarse que esta población... proviene de fuera de la Ciudad de Córdoba; por lo tanto, tiene pocos compromisos con muchas cosas de ella... La oportunidad que le ofrecía el movimiento de protesta social... fue consciente y tolerantemente aprovecha-

do por esta gente; y por eso, colaboró en los acontecimientos en toda su primera fase...

«Conviene destacarse que muchos de estos estratos medios y algunos altos pertenecen a los estratos 'emergentes' y algunos a los 'incipientes' del proceso de desarrollo de la Ciudad de Córdoba... que de alguna manera están por una 'transformación y modernización' del país y que 'representan' a sectores significativos en una sociedad pluralista... por lo tanto tienden a cambiar las estructuras sociales que los detienen o los descenden socialmente» (pág. 61).

A esa misma acción de protesta de las clases medias, a su vez Delich la analiza por su composición de clase y en las relaciones interclase, afirmando: «La pequeña burguesía tradicional (el almacenero, el tendero, el pequeño rentista), paradójicamente, se reúne con el proletariado para protestar contra su proletarización». Su deterioro es tanto real como comparativo respecto del ascenso económico de talleristas y obreros calificados, sectores éstos que a su vez se dan con las barreras del sistema. Por eso, «ambos coinciden en la protesta y en la acción, y lo que en realidad hacen es expresar la crisis de un sistema que no puede evitar ni la proletarización de los viejos ni la frustración de los otros» (pág. 28).

En definitiva, dos concepciones diversas en la interpretación del cordobazo: los cambios en el sistema de estratificación en el trabajo de Agulla, y la dinámica de la estructura de clases en el de Delich.

Aquí hemos intentado una actualización de ambas interpretaciones, mediante su comentario crítico. Creemos que valía la pena hacerlo. Pues, aunque ambos autores no pudieron preverlo exactamente, el cordobazo no sólo tiró por la borda, de inmediato, al gobernador provincial que ensayaba el corporativismo y contribuyó, de modo decisivo, en el mediano plazo, a la caída de la autocrática dictadura de Juan Carlos Organía, sino que, en otros aspectos de la vida política y sindical argentina, consolidó, en Córdoba, al sindicalismo de la izquierda independiente, dio paso al sindicalismo clasista y al sindicalismo combativo (peronista)⁴ y ha sido el punto de arranque de la actual guerrilla urbana, todo lo cual ha llevado a los altos mandos de las Fuerzas Armadas de Argentina a negociar con Perón e intentar la institucionalización del país, la vuelta al régimen constitucional que ellas mismas habían quebrado con el golpe de Estado de 1966.

4. El sindicalismo combativo es una nueva versión del sindicalismo de raíz peronista que se ha constituido en tendencia nacional, conducidos por Atilio López (Sind. de transportes) y Guillán (Sind. telefónicos). Coaligados con los independientes y aún con los clasistas, enfrentan la burocracia sindical enquistada en el propio peronismo.